



RAÚL

Las estatuas de Bolívar



Tomás Torres Peral

Con 47 años, el 17 de diciembre de 1830, fallecía Simón Bolívar tras renunciar a la Presidencia de la Gran Colombia, en las horas más bajas de su reputación, consecuencia de sus innumerables errores, despotismo y ejercicio dictatorial del poder, tanto que incluso sufrió un intento de asesinato en septiembre de 1828. Los enemigos de Bolívar crecían al igual que su desprestigio. Su renuncia fue inevitable.

Simón Bolívar es uno de los personajes más adulterados de la Historia, y no solo por el fraude de los actuales gobiernos populistas que lo exaltan hasta el ridículo. Tras su muerte, Bolívar cayó en el olvido hasta que en la década de 1870 el presidente venezolano Guzmán Blanco lo rescata y funda toda una religión laica en torno a él, como nos detalla Elías Pino en «Divino Bolívar». Desde entonces, la leyenda (la falsedad histórica) se ha ido incrementando desmesuradamente.

Se le atribuye la emancipación de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia. Sin embargo, esa atribución debe matizarse, porque su herencia fue realmente desoladora: dejó una América destruida, partida en mil pedazos, Perú dividido (le amputó el Alto Perú y le puso su nombre: Bolivia), innumerables luchas internas que querían montar su propia república, la economía destruida y un enorme vacío de poder tras la desaparición de la admi-

nistración española. Un dicho popular decía «No habría libertad, mientras hubiera libertadores». Lo peor, el desastroso ejemplo de caudillismo hispanoamericano que tanto daño ha hecho a esas sociedades.

Hasta la historiografía militante censura a Bolívar, aunque por excepción. En «Bolívar contra Bolívar» se lee: «se permitió actos de una arbitrariedad tan desmesurada y de una inmoralidad tan completa que la opinión empezó a rehusarle un tributo, que hasta entonces había rendido a su reputación». Carlos Marx lo calificó como «El Napoleón de las retiradas» y «el canalla más cobarde, brutal y miserable». González de Soto lo define como «cobarde, fantasmón, muy audaz, excesivamente cruel y sanguinario». Salvador de Madariaga en su biografía de Bolívar dijo que era «cobarde hasta el pánico». El ex presidente de Perú, Torre Tagle, dijo que de Bolívar solo podía esperarse «desolación y muerte». El comandante francés Maurice Persat, quien combatió con Bolívar, le llama «mal patriota, mal general, un cobarde» y añade «était d'une violence sans façon». Por su parte, el general franco-alemán Ducoudray Holstein, quien fue Jefe de Estado Mayor de Bolívar, escribió que estaba «más concentrado en las artes amorosas que en las militares», «ignorante en materia de estrategia bélica», «vanidoso, arrogante, mujeriego y cobarde». En «Memorias de Bolívar» titula un capítulo «El general como es, y como no comúnmente se cree que es», señalando hasta siete actos de cobardía ante el enemigo, abandonando sus tropas a su propia suerte, mientras él huía.

Por toda nuestra geografía hay estatuas, calles, plazas y avenidas dedicadas a Bolívar, sin que nadie se pregunte por las razones de tanto laurel. ¿Qué importantes servicios prestó Bolívar a España?: Ninguno. ¿Qué debe España a Bolívar?: Nada. La verdadera personalidad de Bolívar, así como su crueldad con nuestros compatriotas, es generalmente desconocida al haber sido encubierta por la propaganda.

La inmensa crueldad de Bolívar se acredita

con su «Decreto de Guerra a Muerte», por el que condenaba a morir a todos los españoles, combatientes o no, que no se unieran a su causa, dando soporte a las innumerables atrocidades que cometió fuera del campo de batalla. El asesinato de inocentes civiles y religiosos españoles, ajenos a la contienda, fue tan brutal como habitual. Por orden expresa de Bolívar: «ordeno a usted que inmediatamente se pasen por las armas todos los españoles presos en esas bóvedas y en el hospital, sin excepción alguna». Se asesinaron a dos mil indefensos e inocentes españoles en Caracas y La Guaira. Nos cuenta el general Ducoudray Holstein: «Entre estas víctimas, había hombres incapaces de caminar por alguna enfermedad o por edad avanzada, muchos de ellos, de 80 años de edad o más. Ellos fueron puestos en una silla, fuertemente amarrados al lugar de la ejecución y fusilados». Muchos tuvieron que cavar su propia tumba y en otras ocasiones sus cuerpos fueron apilados y quemados, algunos, aún con vida. Su único delito era ser español. Varios historiadores colombianos nos muestran la enorme crueldad de Bolívar, como Rafael Sañudo en «Estudios sobre Bolívar», o Pedro Medina en «Bolívar Genocida» o Pablo Victoria en «El Terror Bolivariano», donde describe lo que llama «genocidio bolivariano».

Quizás Bolívar merezca ser recordado en alguna parte de América, pero no en España. No hay razón alguna para que España homenajee a un personaje tan cruel y sanguinario con inocentes e indefensos compatriotas, a los que asesinó alevosamente de la manera más inmisericorde. El rigor histórico y elementales razones de Justicia exigen el cambio de las inmerecidas denominaciones del callejero español, así como las retiradas de sus incomprensibles estatuas, que tanto ofenden a quien mínimamente conozca la trayectoria de tan cruel como falso héroe.

Tomás Torres Peral. Comandante de Caballería. Academia de las Ciencias y Artes Militares.

Mar en calma Colectivamente



Irene Villa

La partida de nuestra querida Verónica Forqué nos ha dejado el corazón helado. Una vez más tenemos que recordar que el arma más poderosa frente a cualquier adversidad es nuestra mente. Ser capaz de gestionar las emociones negativas es nuestro mayor talento; el mecanismo más eficaz, porque la mente es una buena sirva, pero una pésima ama. La mente exagera, dramatiza, manipula, engaña, juzga, autocastra, se pone en lo peor, nos boicotea...

Creo necesario que desde pequeños nos enseñen a ejercitar la mente para que trabaje a nuestro favor: que nos orienten hacia los recursos que todos podemos desarrollar para gestionar el estrés y manejar nuestras emociones en nuestro beneficio. Que se eduque en inteligencia emocional. Que dejemos de machacarnos. Mi experiencia demuestra que si desde nuestra infancia afrontamos circunstancias que nos obligan a ejercitar algo tan básico y necesario como es la resiliencia, esa capacidad que todos tenemos para mantenernos inquebrantables pese a los infortunios o las desgracias, la vida no es que sea más llevadera, es que se pone, directamente, a nuestra favor. Sin embargo, la pandemia no ha hecho más que agudizar los problemas mentales y deteriorar la salud emocional.

Mostrar en prime time las dificultades de la mente: inestabilidad emocional, dependencias, depresiones, estrés, ansiedad, trastornos de la conducta alimentaria... no ha de tener como finalidad subir las audiencias sino plantear algo que tenemos que resolver entre todos. Siempre comprobé que el apoyo social fue clave para reconstruir las almas dañadas pero jamás esas piezas rotas han de ser divertimento o entretenimiento para el resto de la sociedad.

Hay algo en juego de suma importancia: vidas humanas que dependen de la salud emocional, que está muy relacionada con la sociabilidad, por lo tanto, la sociedad tiene el compromiso y la misión de ser soporte de los que estén atravesando ese túnel del dolor, que si bien es inevitable, sabemos que el sufrimiento es opcional. Para no anclarnos a ese sufrimiento, apoyémonos colectivamente.